

FABIO MORÁBITO

UN BOSQUE
RODEADO DE
ÁRBOLES



Índice

El padre perdido	9
Los niños perdidos	34
El brujo perdido	48
El bosque perdido	62
El cuento perdido	79

El padre perdido

—No hace falta que lo repitas, los llevaremos mañana al bosque para cortar leña y ahí los abandonaremos —dijo el padre de los niños, levantándose de la mesa.

Su mujer se quedó sentada, mirándose las manos.

—Es la única manera de que tus hijos se salven, tal vez unos arrieros los encuentren y...

—¡Ya te oí! —exclamó el hombre, y salió de la casa dando un portazo.

La discusión había despertado a la niña, que alcanzó a escuchar desde su cuarto lo que dijeron su padre y su madrastra. Esperó que ambos fueran a acostarse y se levantó sin hacer ruido, recogió dos puñados de ceniza del fogón, los echó en una pequeña bolsa y regresó a la cama.

Al otro día, cuando llegó la hora de salir, el padre dijo:

—Vamos al monte a buscar leña.

Obedientes, los niños se pusieron en marcha y la niña empezó a regar la ceniza en el camino sin que su padre y su joven esposa se dieran cuenta.

—Aquí se van a quedar a jugar mientras yo y su madre vamos a buscar leña un poco más adelante —les dijo después el padre.

—No es nuestra madre, es tu esposa —dijo el niño.

En otro momento, el padre le habría dado una bofetada, pero en vista de lo que iba a hacer, le faltó ánimo para castigarlo y miró hacia otra parte.

En lugar de buscar leña, él y la mujer tomaron otro camino, internándose en el bosque. Al ver que tardaban en regresar, la niña dijo:

—Nuestro padre y su mujer no van a volver. Los escuché hablar ayer en la noche. Ya no pueden alimentarnos y por eso decidieron abandonarnos en el bosque, esperando que alguien con más suerte que ellos nos recoja.

Oyendo esto, el niño empezó a llorar.

—No llores. —Y le contó lo que había hecho con la ceniza. Sin esperar más, tomaron el camino de vuelta, siguiendo el rastro de las cenizas, y no tardaron en llegar a su casa. Su padre y su madrastra aún no habían llegado, así que entraron en la casa y se sentaron en la cocina a esperarlos. Al poco rato oyeron sus voces. Para variar, estaban peleando. Cuando el padre abrió la puerta y vio a sus hijos, exclamó: —¡Mis niños!—, y fue a estrecharlos con lágrimas en los ojos. La mujer no dijo nada. Como nunca abrazaba a los niños, también esta vez se abstuvo de hacerlo. El padre les preguntó a sus hijos cómo habían encontrado el camino de regreso.

—Al ver que no venían, pensamos que se habían perdido, echamos a caminar y henos aquí —dijo la niña, sin mencionar las cenizas.

—Sí, nos perdimos —dijo el padre.

—¿Y la leña? —preguntó ella.

—¿La leña? Ah, sí. Cuando vimos que estábamos perdidos soltamos la leña y por suerte encontramos el camino a casa. —Volvió a abrazar a sus hijos y se juró a sí mismo que nunca más

se separaría de ellos. Después de llenarlos de besos les dio de cenar el poco alimento que había guardado para él y la mujer. Luego los llevó a la cama para que descansaran.

Al otro día, la mujer estaba de pésimo humor por haber tenido que renunciar a la cena.

—No podemos mantenerlos —le dijo a su esposo—. Los dejaremos otra vez en el bosque, pero esta vez hay que llevarlos muy lejos para que no encuentren el camino de regreso.

La niña escuchó la plática y juntó otra vez ceniza para ir la regando en el camino. Al otro día, sin embargo, se levantó un gran viento y cada vez que ella soltaba un puñado de ceniza, el aire la dispersaba. Llegaron a un claro del bosque y su padre les dijo que se quedaran a jugar un rato, mientras él y su mujer iban a recoger la leña que habían cortado el día anterior. Él y la mujer siguieron caminando sin volver la cabeza, internándose más y más en el bosque y, de tanto caminar sin levantar los ojos, cuando quisieron regresar, ya no encontraron el camino.

—Nos hemos perdido —dijo él, paseando la mirada alrededor.

—¿Estás seguro?

Se subió a un árbol para orientarse y vio que el bosque se extendía hasta el horizonte.

—Por andarles diciendo a tus hijos que nos perdimos, ahora nos perdimos de verdad —dijo ella.

—¿Qué querías que les dijera? ¿Que los habíamos abandonado? Pasaremos la noche en el bosque y mañana veremos.

Se acomodaron en un agujero del terreno y el hombre juntó unas ramas para formar un techo rudimentario que los ocultara de los lobos. Ni él ni la mujer pudieron pegar ojo durante la noche y ella no dejaba de repetir que por andarles diciendo a

los niños que se habían perdido, se habían perdido de verdad. Al otro día volvieron a ponerse en camino. Unas setas que crecían a los pies de un árbol fue todo lo que comieron. Tenían sed, pero no encontraron agua. La mujer retomó su sonsonete.

—Deja de repetir lo mismo, me pone de malas —dijo él, y como la mujer no le hizo caso, le soltó una bofetada. A partir de ese momento no se dirigieron la palabra. Como dos animales, iban mirando el suelo en busca de comida y en la noche volvieron a dormir bajo un abrigo improvisado de ramas y hojas.

Al otro día se quedaron tirados al pie de un árbol, cansados de caminar. Volvieron una vez más a los gritos.

—¡Es mi culpa, por hacerte caso! ¿Cómo pude abandonar a mis pequeños? ¡Merezco morir!

—Antes de morirte sácame del bosque —repuso ella—. Creía que los leñadores no se perdían en el bosque.

Ninguno de los dos oyó unos pasos que se acercaban. De pronto él escuchó algo detrás suyo, pero no pudo completar el movimiento de girar la cabeza, pues recibió un golpe en la nuca y perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, él y la mujer estaban colgados del lomo de un burro, amarrados de pies y manos. El burro avanzaba entre los árboles y alguien que no alcanzaba a ver arreaba al animal. Cuando al fin el burro se detuvo, el hombre vio con el rabo del ojo una cabaña. Volvió a perder el conocimiento y cuando recobró la conciencia estaba tirado en el suelo junto a su esposa, que tenía los ojos cerrados. Dos viejos, de pie junto a ellos, los miraban.

—Vamos a tener carne para un mes —dijo la vieja.

El viejo tenía un machete en la mano y el padre de los niños vio cómo se inclinaba sobre su esposa, que yacía a su lado inconsciente, levantó el brazo y la decapitó de un machetazo. No comprendió lo que acababa de ocurrir hasta ver la cabeza de su

mujer separada del cuerpo y fue tal el terror que sintió, que no profirió ningún grito. El viejo se inclinó sobre él, levantando el brazo para dejar caer el machete sobre su cuello, y él cerró los ojos, mientras la vieja decía:

—¡Espera, nos puede servir para la leña! Tú ya no tienes fuerzas. ¿Hace cuánto que no traes un tronco como Dios manda? ¡Puras ramas!

El viejo siguió con el brazo levantado.

—Es muy fuerte —dijo sin bajar el machete. —¿Lo vas a encadenar para que no se escape?

—Cercénale uno de los tobillos, con eso no se escapará. Nadie puede andar en este bosque con una pierna inservible.

El viejo bajó el machete, se quedó pensando y dijo:

—Aunque arrastre un pie, puede usar los brazos contra nosotros.

—Esos dos acaban de abandonar a sus niños en el bosque, ¿no los oíste?

—¿Y qué?

—Él no nos va a hacer nada, está muerto por dentro, por eso se perdió en el bosque.

—Le hemos matado a su mujer —repuso el viejo.

—No nos va a odiar por eso, hicimos lo que él nunca se atrevió a hacer.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No oíste como peleaban? Cercénale el tobillo.

El viejo se quedó pensando, luego dijo:

—Tápale la boca. —La vieja unió ambas manos sobre la boca del hombre, mientras el viejo le quitaba uno de los zapatos y sacaba su cuchillo.

En los días que siguieron, la fiebre tuvo a Udo (así se llamaba el padre de los niños) postrado e inconsciente la mayor parte del tiempo. Los dos viejos le habían organizado en el cobertizo una cama hecha de paja y de retazos de tela. La vieja le cambiaba la venda del pie dos veces al día, le daba de comer en la boca y recogía sus suciedades en una vasija de latón. Era ciega pero se movía con soltura y pasaba la mano sobre la herida del pie para verificar el progreso de la curación. El viejo no se aparecía nunca, Udo oía su voz y a veces lo veía cruzar frente a la puerta del cobertizo. Los dos viejos apenas hablaban entre sí y al viejo no le agradaban los cuidados que la vieja le dispensaba a ese hombre corpulento, porque temía que una vez que sanara del pie quisiera matarlos. Para ella, en cambio, era un regalo del cielo. Bastaba tocarle las manos para saber que era un leñador avezado. El viejo solo podía cortar ramas pequeñas y ella no recordaba la última vez que habían puesto a arder un tronco. Le había dicho al viejo que retendrían al hombre hasta que cortara leña para dos inviernos, después de lo cual estaría libre de marcharse en alguna de las caravanas de arrieros que cruzaban el bosque. El viejo había objetado que ninguna caravana querría cargar con un tullido y ella le había respondido que un leñador se defiende con la fuerza de los brazos, no de las piernas, y que a todo aquel que cruzara el bosque le vendría bien un hombre capaz de reducir a hachazos el tronco de un árbol.

Aquella fue la conversación más larga que habían tenido en muchos años.

Cuando la fiebre menguó y Udo fue capaz de hilar algunas ideas, le preguntó a la vieja qué pensaban hacer con él. La vieja le dijo que podría largarse en una caravana de arrieros después de cortarles leña para dos inviernos, pues no creía que ella y su hermano vivirían más tiempo. Fue así como Udo se enteró de

que los dos viejos eran hermanos; mellizos, especificó la vieja, y le dijo que esa era la razón por la que se habían ocultado en el bosque, ya que se parecían como dos gotas de agua y la gente, cuando ellos todavía vivían con la gente, los miraba primero con asombro y luego con repulsión. A decir verdad, dijo, desde que se había vuelto ciega, aquello ya no le importaba. Cuando no ves nada, dijo, no te preocupa lo que los otros ven de ti, y a la pregunta de Udo por cómo había perdido la vista, contestó que unos años atrás unos arrieros habían acampado cerca de su cabaña y ella y Thomas habían decidido robarles una de sus mulas. La necesitaban para cargar la leña que cortaban en el bosque; pero el robo fracasó, fueron descubiertos y los arrieros, al ver lo mucho que se parecían, los creyeron brujos. Thomas logró escapar, pero a ella le sacaron los ojos y la dejaron tirada para que se la comieran los lobos. Su hermano volvió a aparecerse una semana después, cuando ella estaba a punto de morir. Desde entonces, cuando alguien andaba merodeando en los alrededores, apagaban el fuego y evitaban hacer ruido. Udo quiso saber si era frecuente que alguien anduviera merodeando en los alrededores.

—Esperas que tus pequeños que abandonaste en el bosque se aparezcan un día de estos, ¿verdad? —dijo ella.

—No los abandoné. Iba a volver por ellos, pero nos perdimos —se defendió Udo.

La vieja se rio:

—Todos dicen lo mismo. Tus hijos están perdidos, pero con suerte darán contigo, así que te conviene quedarte; además, con ese pie no irás a ningún lado. —Y a continuación empezó a frotarle la herida del tobillo, como hacía todas las noches, y Udo no pudo sustraerse al bienestar que le producía el masaje, preámbulo de un sueño largo. Las propias palabras de ella, desde que se

hallaba prisionero, le habían devuelto, a pesar de la crueldad de la mujer, la suavidad de las voces femeninas, que había olvidado debido al trato carente de dulzura con su esposa. Cerró los ojos y soñó que sus dos hijos, guiados por el fuego, encontraban de noche el camino de regreso a la cabaña; él los abrazaba con un ardor casi animal, los besaba implorando su perdón, dándole gracias a Dios por haberlos conducido hasta él, y cuando despertó al día siguiente podía sentir todavía en los brazos la molicie de aquellos apretones dulces. Lloró silenciosamente y su llanto lo dejó en un estado de agotamiento y resignación. La culpa de su estado actual era solo suya, por haber aceptado perder a sus hijos en el bosque. La vieja tenía razón, algo en él había muerto para siempre y de ahí en adelante la vida se iba a reducir a esperar la milagrosa reaparición de sus pequeños, mientras cortaba leña para ese par que no tenía reparos en comer carne humana. Tampoco él los tuvo, a decir verdad, cuando la vieja le ofreció por primera vez un plato de carne. Después de dos semanas de convalecencia, la fiebre había desaparecido y necesitaba reponer fuerzas, le dijo la anciana, mientras le hacía engullir pedazos jugosos de lo que había sido quién sabe qué parte del cuerpo de la madrastra de sus hijos. El sabor de la carne superó con creces su repulsión inicial y, aunque no podía verlo, a ella le bastó con oír cómo masticaba los bocados para saber que aquel almuerzo caníbal no le causaba el menor inconveniente.

La herida tardó semanas en cerrar y Udo comprobó que su pie ya no tenía conexión nerviosa con la pierna. Al dar un paso tenía que catapultarlo con un giro extraño para que se adhiriera al suelo y aunque poco a poco fue encontrando la manera de que se pareciera lo más posible a un pie de verdad, se le hizo evidente que le habría sido imposible sobrevivir en el bosque en esas condiciones y que dependía por completo de los dos ancia-

nos. Con el pie inservible, su única esperanza de encontrar a sus hijos era que ellos lo encontraran a él; por eso, cuando anoche-
cía, con la excusa de calentarse, prendía un fuego, esperando que
sus hijos lo vieran a la distancia. Los viejos se quejaron de que
consumía demasiada leña y Udo les dijo que cuando empezara
su trabajo en el bosque, les llenaría el cobertizo con suficiente
leña para tres inviernos.

El viejo inspeccionaba cada dos días sus trampas y se llevaba
a Udo para que se familiarizara con ellas, porque tenía pensado
encargarle más adelante aquellas inspecciones, que a él le costa-
ban mucho esfuerzo debido a que padecía de gota. En realidad,
le gustaba la idea de tener a alguien a su servicio que le reporta-
ra el estado de las trampas y estuviera al pendiente de cualquier
señal de presencia humana en los alrededores, lo cual era la ver-
dadera razón de aquellas excursiones, ya que las trampas rendían
muy poco, una que otra liebre, una ardilla y párese de contar.
De jabalíes y venados, ni la sombra. Eso le había referido la vieja
cuando todavía le daba de comer en la boca mientras convalecía
en el cobertizo. Se da importancia con sus trampas de mierda,
había dicho, dando a entender que comían gracias al huerto que
solo ella atendía, y a la recolección de bayas y frutos silvestres
de la que se encargaba a pesar de su ceguera, orientándose en el
bosque con su olfato finísimo.

Acompañando al viejo en sus inspecciones de las trampas,
Udo cayó en la cuenta del peligro que representaban para sus
dos hijos, en el caso de que ellos dirigieran sus pasos hacia la
cabaña, atraídos por las fogatas nocturnas, y comprendió que él
mismo, encendiendo esos fuegos de noche, estaba contribuyen-
do a ese peligro. Pero, ¿tenía otro medio para encontrarlos?

Él no podía orientarse en el bosque como el viejo. Con dar
unos centenares de pasos se sentía perdido. Su vida, en tanto

que leñador, había sido el bosque, pero una cosa es ir a un sitio específico a abatir árboles, para lo cual debe uno aprenderse el camino, y otra vivir del bosque, internarse en él como los cazadores, que pueden deambular semanas y meses persiguiendo a sus presas y deben saber orientarse por otros medios para poder encontrar el camino de regreso. El viejo, además de trampero, debió de haber sido cazador de joven. Udo lo notaba en su forma confiada de avanzar entre los árboles, tan diferente a la de él, que por temor a perderse registraba cada tronco, cada matorral y cada accidente del terreno, sin saber que esa era una manera infalible para extraviarse.

Decidió marcar el trayecto de las trampas para no depender del viejo y poder recorrerlo sin perderse. En esa decisión estaba implícita otra, que era la de deshacerse de él. Fabricó a escondidas unos taquetes de madera que pensaba clavar en los árboles para ubicar el sitio de cada trampa. No le fue difícil hacerlo con apenas un golpe o dos de martillo, mientras el otro se agachaba para examinar la trampa en turno. En la última trampa había quedado apresada una liebre y el viejo lanzó una exclamación de regocijo.

Esa noche asaron la liebre y se la comieron hasta el último hueso, luego la vieja quiso bailar con él, mientras el viejo golpeaba un tambor. Puso ambas manos sobre sus hombros y empezó a menearse al ritmo del tambor. No había luna, habían apagado el fuego y la oscuridad era completa. Udo apenas podía balancearse sobre el pie bueno. La vieja lo miraba fijamente, si es que una ciega puede mirar fijamente. Parecía lanzarle un mensaje con sus pupilas muertas y él se preguntó si no era una bruja; si los dos no eran unos brujos, como habían creído los arrieros. A pesar de ser ambos desdentados, habían despachado la liebre con la fuerza de sus encías a una velocidad impresio-

nante y lo asaltó el pensamiento de que habían devorado a sus hijos antes de que él llegara allí; de que el fuego había atraído a los pequeños antes de que los viejos los hubieran encontrado a él y a su mujer. ¿Y si lo que le había dado de comer la vieja no era carne de ella, sino de ellos? Esa duda lo hizo pararse en seco, lo que hizo que el viejo dejara de tocar el tambor y la vieja, que tenía a Udo agarrado de las manos, se soltara. Ninguno de los dos viejos abrió la boca. Si eran en verdad brujos, pensó Udo, podían leer sus pensamientos, que, como los de ellos, eran muy simples, y consistían, en este caso, en matar a los hermanos. Con el rabo del ojo alcanzó a ver al viejo echar mano del machete a sus pies. La vieja, en cambio, permaneció inmóvil, aunque seguramente había advertido tanto el movimiento de Udo como la reacción instintiva de su hermano. Udo comprendió que los dos ancianos vigilaban cada uno de sus movimientos y que nunca dejarían de desconfiar de él; se había vuelto el centro de sus vidas y no lo dejarían ir al cabo de dos inviernos, como le había dicho la vieja, y si alguna caravana de arrieros llegara de casualidad adonde vivían, lo esconderían de inmediato en el establo o en el cobertizo, encadenándolo y metiéndole un trapo en la boca para que nadie supiera de su existencia. Aquella revelación lo sacudió y tuvo miedo de que se le transparentara en la cara, por eso recommenzó a bailar, lo que hizo que el viejo depusiera el machete y reanudara sus tamborazos, y la vieja, por vez primera desde que Udo estaba allí, se alegró en el rostro y sonrió. Parecía decirle con esa sonrisa: Tus hijos ya no están, quédate aquí, comeremos carne todos los días y bailaremos, y mata a mi hermano, que no es capaz de cazar ni un conejo y no me supo defender de los arrieros.

El baile dejó en claro que Udo había recobrado cierto dominio del pie, al menos lo suficiente para cortar leña. Al fin y al